

**CATULLE MENDÈS**  
**(1841-1909)**



**PARA LEER EN LA**  
**BAÑERA**

Título Original: *Pour lire au bain.*

Edición original: C. Marpon et E. Flammarion. París. 1890

© Por la traducción: José M. Ramos González. Pontevedra, 2008. En exclusividad para  
<http://www.iesxunqueira1.com/mendes>

*¿Verdad que para vosotras, exquisitas parisinas, la hora del baño es el momento más agradable del día? incluso mejor que el de...*

*En ese pequeño recinto empapelado con sedas estampadas o trenzados dorados, bajo el afortunado espejo de pared que refleja el desorden por aquí y por allá de las faldas todavía vaporosas, de las medias de seda negra colgadas en el respaldo de la silla y de la blusa arrugada cuyos pliegues se multiplican, os abandonáis, con delicioso desmayo, al tibio abrazo del agua; lánguidas y sumidas en una ensoñación hecha sin duda de esperanzas, tal vez de reminiscencias, mientras que de la bañera de níveo alabastro o de porcelana rosa encastrada, emana un vaho de fragancias que son la vaporización de vuestro propio cuerpo embriagándoos de vosotras mismas. Con los ojos a medio cerrar, el corazón entregado; no quedándose dormidas sino sumidas en una completa ensoñación, en un lento sueño donde se mezclan, en una bruma que los idealiza vagamente, el último paseo matinal por el Bosque, casi una cita, la visita a la costurera – ¡Qué bien nos sienta ese vestido de terciopelo azul pálido estampado de flores de acacia! – el baile de Madame de Soïhoff donde la princesa estaba pésimamente vestida, y los valeses del cotillón, menos ceremoniosos, cuando los brazos se estrechan con un poco más de presión, cuando los alientos están más próximos, esos valeses que, aún finalizados, permiten mantener las manos cogidas. A veces también pasa por vuestra mente el rostro de un apuesto joven, con labios sonrientes y ojos por los que deben fluir muy bien las lágrimas. ¡Ah! ¡Si estuviese allí el que os ama, allí, ante vosotras, arrodillado y extendiendo los brazos, balbuceando divinas palabras suplicantes! En el infinito bienestar donde se fusionan vuestro cuerpo y vuestra alma, cierta apatía os aconseja asentir a mudos consentimientos, a abandonos que os hacen cerrar los ojos. ¡Ah! ¡Si él estuviese allí! Vosotras no huís del agua amorosa que os cubre completamente con una sola caricia. No oponéis ninguna resistencia. Os dejáis llevar por el éxtasis. Aceptáis vuestra derrota con tanta o más feliz indolencia que, como sabéis que no es real y que vuestro pudor se acomoda a una culpa quimérica, no por ello parece menos dulce, y, tiernamente lánguidas, con las temblorosas pestañas bajo vuestras apagadas pupilas vais saliendo pesadamente de ese sueño moviendo levemente la cabeza y con una mano apoyada en el borde de la bañera.*

*Entonces, algunas veces, tras acabar el sueño, en el reposo del espíritu agotado por la ilusión, ¡qué agradable sería leer un libro! Esas brutales novelas alterarían vuestra delicada languidez poniéndoos de manifiesto una humanidad moderna sangrante o mancillada de fango. La obra digna de que sus páginas sean pasadas por vuestros bonitos dedos mojados, debería ser semejante a vuestra propia ensoñación, prolongándola sin distraerla. Ni muy ambiciosa ni muy larga, sino formada por cuentos cortos – Vuestra doncella ya golpea a la puerta diciendo: «Señora, ¿quiere salir del baño? » – sería deseable que fuese suavemente vaga, un poco triste, y tan tierna, desde luego mundana, también poética y por momentos perversa, ya que vosotras sois muy sutiles, casta en lo posible, porque vosotras en efecto sois muy castas, siempre amorosa y que sepa combinar algunos relatos inocentes con otras historias más atrevidas; pues el agua de la bañera, agitada por vuestras risas, provoca un bonito chapoteo contra la porcelana rosa encastrada o el níveo alabastro. Pero ese libro, que yo trataré en vano de escribir, ¿qué poeta tan femenino como el divino Amaru<sup>1</sup>, cuya alma se había reencarnado en los cuerpos de cien mujeres, os lo dará? ¡oh, exquisitas parisinas, que saldréis del agua salpicando claras gotas, perlas por haberos tocado, lágrimas por haberlas abandonado!*

---

<sup>1</sup> Amaru, poeta hindú del siglo V d.c. (N. del T.)

## EL DUELO

Mariette y Marianne decidieron saldar su disputa en un duelo a muerte. ¡De tal modo la situación se hacía insoportable! Dado que su amante no quería renunciar ni a una ni a otra, –¡oh, cómo lo odio, y cuánto lo envidio! – y puesto que no podían resignarse a compartirlo, lo mejor era recurrir a un desenlace sangriento. A Marianne o a Mariette pertenecería por completo el viudo de Mariette o Marianne. ¡Así sería! ¡No había más que hablar! ¿Las armas? floretes, ¿el lugar? ese mismo salón, testigo de la provocación, y, durante algunos segundos, de las figuras de las dos combatientes reflejadas en los dos espejos de Venecia adornados con blanca vegetación donde podían verse dos Colombinas besando la máscara de Arlequín.

En un instante se quitaron la ropa. Marianne no tenía puesta más que una camisa blanca de encajes de Alençon y su pantalón de seda rosa; Mariette solo vestía su camisa de encajes de Malines y su pantalón de seda azul.

¡En guardia!

Se saludaron ceremoniosamente antes de cruzar los hierros.

Estaban con los hombros y los brazos al desnudo, con una firme rigidez del pecho bajo la transparente y blanca tela; – tan bellas y tan deliciosamente seductoras. Aunque una de ellas, en breves instantes, se convertiría en una forma muerta y fría a la que nadie besaría y que, a partir de ese momento, ya no despertaría más pasiones.

Debido a su propia belleza, la rabia invadió sus corazones, aunque con menos violencia en Marianne que, admirando a su adversaria, tenía la mirada dulce.

¡En guardia! Los floretes se cruzaron. Fue un combate tenaz, encarnizado, encantador. Los pequeños pies, embutidos en zapatillas con perlas, golpeaban la alfombra, los golpes al aire exageraban las formas bajo los pantalones, los brazos se tensaban y los jadeos salían de sus bonitas gargantas...

Marianne profirió un grito.

Había creído ver sangre, ¡una gota de sangre en el pecho de su rival! Sin duda alguna la habría herido, tal vez matado. Arrojó al suelo su arma, precipitándose sobre Mariette, e invadida por el arrepentimiento comenzó a besar, llorando, la herida que le había infligido. Tal vez, pensaba, – debido a algunas lecturas recordadas – que podría curar a su víctima sorbiendo la sangre de la llaga. Estaba tanto o más convencida de ello, toda vez que creía que en ese momento Mariette parecía no experimentar ningún

dolor; más bien respiraba con normalidad aunque un poco jadeante. Sin embargo algo llamó la atención a Marianne; no sentía en sus labios la humedad de la sangre. Se echó hacia atrás, miró y sonrió... La herida que había besado era, a través de la blusa, ¡el pezón de Mariette!

## NIDOS VACÍOS

Por la ventana abierta al sol invernal, mientras el fuego ardía en la chimenea, los dos miraban pasar las nubes por el cielo, lentas y pesadas, con la indolencia de enormes bestias blancas que se revolcarían en la nieve y se lavarían en el arroyo. La pendiente del río, brillante como una tela de satén, se prolongaba entre los esqueletos de los árboles de la amplia avenida hasta el estanque que tenía el aspecto, un poco inclinada, de una muy fina media luna azul. Las colinas, más abajo, donde se elevaban bajo la bruma de los bosques de delgadas ramas, conformaban un lejano infinito, vago y fresco; y las llamas de los leños, entre los cortinajes, proporcionaban en torno a ellos, muy cerca de ellos, un calor íntimo de estancia. Estaban en su casa, en presencia de todo el espacio. Allí, toda la naturaleza, aquí, ellos solos. ¡Qué bella es la inmensidad celeste, tan pura y diáfana que a veces esperamos que se nos aparezcan ángeles! ¡Qué dulce es el recogimiento tierno de dos corazones en la estrechez acariciadora de la habitación amada! Los pequeños paraísos bien valen los grandes cielos. ¡Buenos días, Dios! y se besaban en los labios. Pero, porque ella llevó la hipocresía de la inocencia, –¡ah, maldita!– hasta la ingenuidad perfecta, de pronto dijo, con un pequeño golpe en la mesa: «Quiero ir a buscar pájaros en los bosques.» Él no puso más impedimento que el que estaban en invierno y que no había ni hojas en los árboles ni pájaros en los nidos. Desde hacía tiempo él había perdido el hábito de resistir, incluso de pensar en los caprichos de la atroz chiquilla; a cada uno de los caprichos de Juliette él respondía: «¡Oh, Señor!». Enseguida, con mucha ropa de abrigo, ella corrió, mientras él la seguía a lo largo del pálido sendero, y cuando estuvieron en el bosque formado por oscuras ramas que oscilaban bajo el viento y el frío sol, ella buscó nidos entre la maleza y entre las ramas más bajas, dando brincos y profiriendo grititos de infantil entusiasmo. Encontró unos nidos, pero sin pájaros, nidos de la pasada primavera, donde ni siquiera quedaba una pluma. Continuó buscando; ni un pobre pequeño pinzón sin plumón, ni una curruca medio desnuda, que tiritase abriendo su pico amarillo. «¡Ah! sí, dijo, es que estamos en febrero.» Luego añadió, acurrucándose contra él, mimosa, con aspecto de una niña que tiene miedo de ser golpeada: «¿Soy muy tonta, verdad, y estoy segura que usted se burla de mí?» Pero él respondió con la melancolía de los queridas esperanzas frustradas: «¿Acaso tengo derecho a reírme de vos, Juliette, yo, que bajo la nieve de vuestro

corazón vacío y helado como un nido de invierno, acecho desde hace tanto tiempo, en vano, el despertar del pájaro Amor?»

### LA BUENA AMIGA

¡Toc! ¡toc!

– ¿Quién es?

– ¡Abra!

– ¿A estas horas? Usted está loco, señor. Estoy a punto de acostarme, acabo de dejar sobre el sillón mi camisa bordada de terciopelo rosa, y ya he sacado una de mis medias de seda negra.

– Déjeme a mí sacarle la otra.

– ¡Impertinente! Siga su camino.

– La amo.

– Preferiría que no me amase.

– Estoy dispuesto a morir por usted.

– Que viva o que muera ¿qué puede importarme?

– Soy joven.

– E ingenuo. Anda, váyase.

– Soy apuesto.

– Y presuntuoso. Le digo que se marche.

– Soy rico.

– Y tonto. Váyase ya, o llamo...

– Soy el amante de su amiga Clementine.

– ¡Eh! ¿Por qué no lo ha dicho antes? – dijo la señorita abriendo su puerta.

## EL VELO

Valentín le hablaba en susurros, casi arrodillado, en el coche, y Juliette, acurrucada bajo las pieles, friolera o perezosa, se apartaba, se encogía, inquieta por las manos que trataban de tomar las suyas, o más astutas, bajo el abrigo desabrochado, fingiendo no buscar, encuentran –inocencia hipócrita del azar – uno de los redondos botones de la blusa, de cornalina o de seda, que se desliza y, apenas rozado, sale tan rápido del ojal, sin que de tiempo siquiera a advertirlo. A través de su grueso velo y del cristal empañado por el vaho de los alientos, Juliette miraba con fijación la amplia línea de las fortificaciones que se alza, verdosa, como si la llanura tuviese joroba, mientras Valentin le preguntaba insistente, por qué ella no le ofrecía nada. Sin embargo, poco a poco ella se fue ablandando, la muy ladina, y, sin hacerse demasiado de rogar permitió que le diese un beso sobre uno de sus ojos. ¡Pero un solo beso sobre un solo ojo! y, además, con una firmeza inquebrantable, estipuló que le daría ese beso a través del velo. Él aceptó esa cruel condición, esperando tal vez las delicias cantadas por uno de los versos más encantadores de François Coppée<sup>2</sup>. Entonces ella, resignada, cerró los ojos. ¿Qué podía temer? El grosor del encaje, sobre el párpado cerrado, interceptaría el calor de los labios demasiado apasionados; el candoroso pudor de su piel ignoraría la boca que devora y quema. Eligió el ojo izquierdo. Él la besó tiernamente, largo rato, creyendo que afluirían a sus labios y le entraban en su corazón todos los rayos de una pequeña estrella. Pero Juliette se sorprendía de estar turbada. ¿Cómo era posible que sintiese tan próxima, tan inmediata, la calurosa presión? Estaba completamente segura de que el velo no había sido levantado, pero sobre la mejilla sentía la temblorosa caricia. Se acaloraba cada vez más, penetrada de ternura, invadida de languidez. Él le provocaba un deseo de que ese beso fuese largo, muy largo, más largo todavía. Sus brazos, lentamente, se levantaron con la posibilidad de ceder a un abrazo... Espantada, rechazó a Valentin, y llevó su mano al lugar del beso. ¡Dio un grito de cólera y vergüenza! pues bajo su dedo sentía su parpado sin velo un poco húmedo todavía debido al prolongado ósculo! Valentín, fiel a su promesa, no había levantado el velo, pero, antes de besarla, de un solo mordisco, había desgarrado y tragado el trozo de encaje que defendía y ocultaba la querida estrellita.

---

<sup>2</sup> François Édouard Joachim Coppée; (París, 1842-1908) Poeta y dramaturgo francés. (N. del T.)



### UNA BUENA DECISIÓN

¡Bien! sí, ¡había tomado una decisión! Acudiría a su cita, cometería la insigne locura, ella, una gran dama absolutamente virtuosa, de llamar, en pleno día, a la puerta de un apartamento de soltero, y entrar con el velo levantado en el salón donde el olor de los habanos se edulcora con los perfumes de frívolas visitantes, donde tal vez se deje sobre algún mueble el antifaz de la señorita Anatoline Meyer, de las Novedades, olvidado allí tras el último baile de la Ópera. ¡Sería una gran imprudencia, sin ninguna duda! No importa, ya que sus intenciones eran absolutamente puras. El sentimiento del deber le dictaba seguir esa conducta. Juzgaba necesario, y ciertamente digno de ella, dar una lección al impertinente que, el día anterior, durante un vals, se había atrevido a susurrarle al oído, con voz candorosa: «¿Vendrá usted, verdad?» ¿Qué esperaba el muy crétino? ¿Cómo era posible que solamente hiciese seis meses que le prodigase muchas atenciones, únicamente pequeños flirteos de las manos que se abandonan con lentitud, miradas que no se fraguan más que a medias, y que de pronto se hubiese lanzado a ese brutal y descabellado extremo? ¿Acaso creía que recién llegado, podría rendirla, conseguirla, volverla loca de pasión, dejarla sin fuerza en los brazos y hacerle cerrar los ojos bajo las pestañas húmedas de lágrimas? ¡Menuda opinión tenía de ella, ciertamente! Casada desde hacía al menos dos años, no experimentando por su marido más que una fuerte aversión soportable, habiendo rechazado victoriosamente las pretensiones de los admiradores más apasionados y los más hábiles, era irreprochable. Gracias a Dios, intachable y digna de todo respeto. Así pues, daría una lección al insolente, con un castigo ejemplar; entraría en su casa, tranquila, fría, muy digna, – mantener la compostura, tal vez podría resultar difícil a causa de sus pequeños y gruesos labios rosados que siempre quieren sonreír, y de sus cálidos ojos marrones que tienen al diablo en las pupilas, pero, en fin, lo intentaría, – entraría en su casa, con la frente muy alta, y hablando con seriedad.

«¡Sí, Señor, he venido, porque no he querido darle la satisfacción de que creyese que tenía miedo de usted! Asumo el peligro porque lo desprecio. Y he venido también para manifestarle mi parecer sobre su conducta. Es indigna de un caballero. Yo soy una mujer honrada, sinceramente y lealmente vinculada a mis deberes. En la familia, cuyo

ilustre apellido he abandonado por otro también glorioso, he recibido una austera educación, teniendo nobles ejemplos que seguir. Si se ha reprochado a mi abuela haber montado en la grupa de un oficial cosaco, en 1815, se trataba de una calumnia de los liberales y los republicanos. Las mujeres de mi casta, cuando montan a caballo, lo hacen con la urbanidad propia y distintiva de todas sus acciones. Una de mis abuelas estaba en Fontenoy, vestida de hombre; y tal era su fidelidad a sus heroicas costumbres que nadie intentó investigar si era mujer. Es cierto que era fea. En cuanto a mí, soy su digna descendiente, por la virtud, si no por la fealdad; pues una no sabría ser perfecta. Pretendo, entre la relajación de las costumbres modernas, conservar intacto un honor diez veces secular. ¡Usted es despreciable, señor! ¿Piensa usted haber encontrado una de esas criaturas sin fuerza de voluntad. – demasiado frecuentes, por desgracia – que se dejan ir río abajo siguiendo la corriente de las pasiones o de los caprichos? Todavía lo considero a usted lo bastante sensato para creer que reconocerá su error, ya que después de la dura lección que he debido darle, abandonará de un modo definitivo cualquier tipo de esperanza culpable que me resulte ignominiosa.»

Sí, le diría eso, y otras cosas, con serenidad pero con firmeza, de un modo inexorable, y a él no le quedaría más remedio que inclinarse humildemente, lleno de admiración y arrepentimiento, convencido.

Por otra parte, dándole vueltas al escenario de su victoria y preparando su arenga, la adorable joven comenzaba a vestirse, – pues la hora de la cita estaba próxima – y tras haberse puesto las medias negras, donde la piel se transparentaba mediante gotitas de leche rosada, tras haberse abotonado la vaporosa camisa que pone sobre la desnudez una nube de vaga nieve, elegía en el armario con espejo, unos ligeros pantalones de diáfana seda, adornados con unos encajes y que no se sujetaban a la cadera más que mediante un único botón.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

